

LIBRO DÉCIMO

EL 5 DE JUNIO DE 1832

1

LA SUPERFICIE DE LA CUESTION

¿ De qué se compone una insurreccion ? De nada y de todo. De una electricidad desprendida poco á poco, de una llama inflamada súbitamente, de una fuerza errante, de un soplo que pasa. Este soplo encuentra cabezas que hablan, cerebros que sueñan, almas que sufren, pasiones que arden, miserias que braman, y los arrebatá.

¿ Adónde ?

Á la ventura. Altraves del Estado ; altraves de las leyes, altraves de la prosperidad y la insolencia de los demas

Las convicciones irritadas, los entusiasmos exacerbados, los, las indignaciones conmovidas, los instintos de guerra comprimidos, el valor varonil exaltado, la generosa obcecación; la curiosidad, el gusto ó la afición á cambiar, la sed de lo inesperado, el sentimiento que nos hace complacer en la lectura del cartel de un nuevo drama y en oír en el teatro el silbato del maquinista; los odios vagos, los rencores, los engaños y contrariedades, las esperanzas frustradas, toda vanidad que cree que el destino la ha faltado; el malestar, los sueños del delirio, las ambiciones rodeadas de declives y escarpes, todo el que espera recoger algún provecho de un desmoronamiento, y por último, en las regiones inferiores, la turba, ese lodo combustible, tales son los elementos de una insurrección popular.

Todo lo más grande y todo lo más ínfimo que existe; los seres que van rodando por todas partes, esperando una ocasión, gentes sin oficio ni beneficio, vagabundos de esquina en esquina, los que pasan la noche al raso, sin otro techo que las frías nubes del firmamento, los que piden cada día el pan al azar, y no al trabajo, los desconocidos de la miseria y de la nada, los brazos desnudos, los pies descalzos, pertenecen á la insurrección.

Todo el que encierra en su alma una sublevación secreta contra un hecho cualquiera del Estado, de la vida ó de la suerte, confina con la insurrección, y, desde el momento en que ella aparece, principia á estremecerse y á sentirse arrebatado por el huracán.

La insurrección es una especie de bomba marina de la atmósfera social que se forma bruscamente en ciertas condiciones de temperatura, y que, en su remolino, sube, baja, corre, brama, arranca, arrasca, devasta, arruina, aniquila, arrastrando consigo las grandes como las ruinas naturales, al hombre fuerte y al espíritu débil, al tronco del árbol y á la arista de paja.

Desgraciado del que ella arrebatara como de aquel contra el cual se estrella! Los rompe á uno contra otro.

Á los que ella arrastra les comunica cierta especie de poder extraordinario. Al primero que se presenta le llena con la fuerza de los acontecimientos, y de todo hace ella proyectiles. De un adoquín hace una bala de cañón, y de un mozo de cordel un general.

Si se ha de dar crédito á ciertos oráculos de la política solapada, bajo el punto de vista del poder, un poco de insurrección no está demás, y aún es cosa muy digna de desearse. Sistema: la insurrección robustece á los gobiernos que no logra ella derrocar. Sirve para probar al ejército; concentra la bourgeoisie ó clases medias; estira los músculos de la policía; consigna y registra la fuerza de la armazón social. Es una gimnástica; casi un régimen de higiene. El poder goza de mejor salud después de una insurrección, como él hombre después de una fricción.

Treinta años há, la insurrección era considerada aún bajo otros puntos de vista.

Hay una teoría que sirve para todas las cosas y que se proclama por sí misma: tal es « el buen sentido: » Philinto contra Alcéste; mediación ofrecida entre lo verdadero y lo falso; explicación, admonición, atenuación un tanto altiva que, porque va mezclada con la censura y con la disculpa, se cree la misma sabiduría, no siendo de ordinario sino la pedantería. Toda una escuela política, llamada del justo medio, ha salido de ahí. Entre el agua fría y el agua caliente, está el partido del agua tibia. Esta escuela, con su falsa profundidad, superficial toda ella, que diseña los efectos sin elevarse á las causas, vituperadora, desde lo alto de su cátedra de media-ciencia, las agitaciones de la plaza pública.

Si hemos de dar oídos á esta escuela, « las insurrecciones que vinieron á complicar la obra de 1830 quitaron á

este grande acontecimiento una parte de su pureza. La revolucion de Julio habia sido un hermoso vendaval del pueblo, bruscamente seguido de un cielo azul. Ellas hicieron reaparecer el cielo nebuloso; é hicieron degenerar en querrela aquella revolucion tan notable desde el principio por su unanimidad. En la revolucion de Julio, como en todo progreso hecho á tirones, habia habido fracturas secretas; la insurreccion que vino despues las hizo sensibles, pudiendo ya decirse: ¡ Ah! esto se ha roto. Despues de la revolucion de Julio, sólo se conocia la liberacion; despues de las insurrecciones, se dió á conocer la catástrofe.

« Toda rebelion cierra lastiendas y almacenes, deprime los fondos, consterna á la Bolsa, suspende el comercio, paraliza los negocios, precipita las quiebras; falta el dinero, las fortunas privadas se muestran inquietas, el crédito público vacilante, desconcertada la industria, los capitales retirándose, el poco trabajo que hay es mal pagado, por todas partes el miedo; en todas las ciudades se deja sentir el golpe de rechazo. De aquí, abismos profundos. Háse calculado que el primer dia de una insurreccion popular cuesta á la Francia veinte millones, el segundo cuarenta, el tercero sesenta. Una rebelion de tres dias cuesta ciento veinte millones, es decir, que sin atender á otra cosa que al resultado material, equivale á un desastre, naufragio ó batalla perdida, que aniquilaria una flota de sesenta navíos de línea

» Sin duda que, históricamente hablando, las insurrecciones tuvieron su peculiar belleza; la guerra del empedrado no es ménos grandiosa ni ménos patética que la guerra de los matorrales; en la una está el alma de los bosques, y en la otra el corazón de las ciudades; la una tiene á Juan Chouan, y la otra tiene á Jeanne. Las rebeliones alumbraron de rojo, pero espléndidamente, todos los relieves más originales del carácter parisiense, la generosi-

dad, la abnegacion, la alegría tumultuaria, los estudiantes probando que la bravura forma parte de la inteligencia, la guardia nacional inquebrantable, vivacs de tenderos, fortalezas de gamins, el desprecio de la muerte en los transeuntes. Escuelas y legiones se chocaban. Por lo demas, entre los combatientes, no habia más diferencia que la de la edad; todos son de la misma raza: son los mismos hombres estoicos que mueren á los veinte años por sus ideas, á los cuarenta por sus familias. El ejército, siempre triste en las guerras civiles, oponia la prudencia á la audacia. Al mismo tiempo que ellas manifestaron la intrepidez popular, las rebeliones formaron la educacion del valor bourgeois.

» Está bien. ¿ Pero es que todo esto vale tanto como la sangre derramada? Y á la sangre derramada, añadi del porvenir cubierto de sombras, el progreso comprometido, la inquietud de las gentes honradas, la audacia de los aventureros, el desaliento de los liberales de buena fe, el absolutismo extranjero alegrándose al ver esas heridas hechas á la revolucion por la revolucion misma, los vencidos de 1830 triunfando y diciendo: ¡ Bien lo habíamos dicho nosotros! Añádase á esto que si París tal vez se ha en grandecido, la Francia ha decrecido, seguramente. Añádanse, puesto que es preciso decirlo todo, las matanzas que deshonraban con harta frecuencia á la victoria del orden transformado en feroz sobre la libertad transformada en loca. En resúmen, las insurrecciones han sido funestas. »

Así habla esa semi-sabiduría con que la bourgeoisie, ese semi-pueblo, se contenta tan fácilmente.

Por lo que hace á nosotros, rechazamos esa palabra demasiado vaga, y, por consiguiente, demasiado cómoda: las rebeliones, ó las insurrecciones. Distinguimos entre un movimiento popular y un movimiento popular. No nos preguntamos si una insurreccion, ó una rebelion, ó un motin en las calles, cuesta tanto como una batalla. En

primer lugar, ¿por qué una batalla? Aquí surge en seguida la cuestión de guerra. ¿Es por ventura la guerra ménos azote que calamidad la rebelion? Y además, ¿son calamidad todas las rebeliones? Y aún cuando el 14 de Julio hubiera costado ciento veinte millones, ¿por ventura, el establecimiento de Felipe V en España no costó á la Francia dos mil millones? Aún á igual precio, preferiríamos el 14 de Julio. Por otra parte, nosotros recusamos esos guarismos, que parecen razones, pero que no son sino palabras. Dada una insurreccion, la examinamos ensi misma. En todo cuanto dice la objecion doctrinaria que hemos expuesto arriba, no se trata sino del efecto, y nosotros inquirimos la causa.

Precisamos los hechos.

!!

EL FONDO DE LA CUESTION

Hay el motin, y hay la insurreccion: son dos iras diferentes: la una está en error, la otra está en su derecho. En los Estados democráticos, que son los únicos que están fundados en justicia, sucede á veces que una fraccion usurpa el poder supremo; entónces el todo se subleva, y la necesaria revindicacion de su derecho puede ir hasta empuñar las armas. En todas las cuestiones que se refieren á la soberanía colectiva, la guerra del todo contra la fraccion ó contra la parte usurpadora es la insurreccion; el ataque de la fraccion contra el todo es el motin; segun que las Tullerías contienen el rey ó contienen á la Convencion, son justa ó injustamente atacadas. El mismo cañon asestado contra la muchedumbre es injusto el 10 de Agosto y justo el 14 Vendimiario. Apariencia semejante, fondo diferente; los

suizos defienden lo falso, Bonaparte defiende lo verdadero. Lo que el sufragio universal ha hecho en su libertad y en su soberanía, no puede ser deshecho por un motin en la calle. Lo mismo acontece en las cosas de pura civilizaci6n; el instinto de las masas, penetrante y advertido ayer, puede turbarse mañana. La misma furia es legítima contra Terray y absurda contra Turgot. Las fracturas de máquinas, el pillaje de almacenes, las rupturas de rails, las demoliciones de docks, las falsas sendas que á veces sigue la muchedumbre, las denegaciones de justicia por parte del pueblo al progreso, Ramus asesinado por los escolares, Rousseau arrojado á pedradas de la Suiza, todo esto es el motin. Israel contra Moises, Atenas contra Focion, Roma contra Escipion, es el motin; Paris contra la Bastilla, es la insurreccion. Los soldados contra Alejandro, los marineros contra Crist6bal Colon, es la misma rebelion; rebetion impia; ¿ porqué ? Porque Alejandro hace por el Asia con la espada lo que Crist6bal Colon hace por la América con la brújula; como Colon, tambien Alejandro halla un mundo. Estos presentes de un mundo á la civilizaci6n son tales acrecentamientos de luz, que toda resistencia contra ellos es culpable. Á veces el pueblo se falsea á sí mismo su propia fidelidad. La muchedumbre hace traicion al pueblo. Hay, por ejemplo, nada más extraño que esa larga y sangrienta protesta de los contrabandistas de sal, legítima rebelion cr6nica, que, en el momento decisivo, en el día de la liberacion, en el instante mismo del triunfo popular, se liga con el trono, conviértese en *chouannerie*, y de insurreccion en contra, se transforma en motin en pro! ¡ Sombrías locuras de la ignorancia! El contrabandista de sal se escapa de las horcas reales, y con un pedazo de cuerda al cuello, enarbola la escarapela blanca. Muerto para las gabelas, resucita gritando: ¡ Viva el rey ! Homicidas de la Saint-Barthélemy, degolladores de Setiembre, acuchilladores

de Avignon, asesinos de Coligny, asesinos de madama de Lamballe, asesinos de Brune, Miquelets, Verdets, Cadenettes, compañeros de Jéhu, caballeros del Brassard, tal es el motin. La Vendée es un gran motin cat6lico. El ruido del derecho puesto en accion, en movimiento, se reconoce en seguida y no siempre sale del estremecimiento de las masas trastornadas; hay rabias dementes, hay campanas cascadas; no todos los toques á rebato marcan el sonido del bronce. La oscilaci6n de las pasiones y de las ignorancias es muy diferente del sacudimiento del progreso. Levantaos, en buen hora, pero levantaos para engrandeceros. Mostradme hácia qué lado os dirigis. No hay insurreccion sino marchando hácia adelante. Toda otra especie de levantamiento es de mala índole; todo paso violento hácia atras es un motin; retroceder, es una via de hecho contra el género humano. La insurreccion es el acceso de furor de la verdad; las piedras que la insurreccion remueve arrojan la luz del derecho. Esas piedras no dejan al motin sino su lodo. Danton contra Luis XVI, es la insurreccion; Hébert contra Danton, es el motin.

De aquí procede que, si la insurreccion puede ser, en circunstancias dadas, como lo dijo Lafayette, el más santo de los deberes, la revuelta, el motin, puede ser el más fatal de los atentados.

Tambien hay alguna diferencia en la intensidad de cal6rico; la insurreccion es á menudo un volcan, el motin es de ordinario fuego de paja.

Las revueltas, segun hemos dicho, se hallan algunas veces en el poder. Polignac es un revoltoso, un amotinado; Camilo Desmoulins es un gobernante.

Otras veces, la insurreccion es resurreccion.

Siendo un hecho enteramente moderno la soluci6n de todo por el sufragio universal, y hallándose toda la historia anterior á este hecho, desde hace cuatro mil años,

llena de violaciones del derecho y de sufrimientos de los pueblos, cada época de la historia lleva consigo la protesta que la es posible formular. Bajo los Césares, no había insurrección, pero había Juvenal.

El *facit indignatio* reemplaza á los Gracos.

Bajo los Césares hay el desterrado de Syena; hay también el hombre de los *Annales*.

No hablamos del inmenso desterrado de Pátmos que, también él, confunde al mundo real con una protesta en nombre del mundo ideal, hace de la visión una sátira enorme, y lanza sobre Roma-Ninive, sobre Roma-Babilonia, sobre Roma-Sodoma, la esplendente reverberación del Apocalipsis.

Juan, sobre su roca, es el esfinge sobre su pedestal; podrá ser que no se le comprenda; es un judío, y habla en hebreo; pero el hombre que escribe los *Annales* es un latino; mejor dicho, es un romano.

Como los Nerones reinan de una manera negra, deben ser retratados del mismo modo. El trabajo al buril, solo, sería pálido; es menester derramar en la incisión una prosa concentrada y mordiente.

Los déspotas entran por algo en la elevada función de los pensadores. Palabra encadenada es palabra terrible. El escritor duplica y triplica su estilo cuando un tirano impone silencio al pueblo. De ese silencio, sale cierta plenitud misteriosa que se filtra y se coagula en bronce en el pensamiento. La compresión en la historia produce la concisión en el historiador. La solidez granítica de tal prosa célebre no es otra cosa que un acumulamiento hecho por el tirano.

La tiranía obliga al escritor á ciertos encogimientos de diámetro, que son otros tantos acrecentamientos de fuerza. El período ciceroniano, suficiente apenas sobre Verres, se embotaría sobre Caligula: Menos anchura en la frase, más

intensidad en el golpe. Tácito piensa acortándose el vuelo.

La honradez de un gran corazón, condensada en justicia y en verdad, confunde y aterra.

Es de notar, sea dicho de paso, que Tácito no está históricamente superpuesto á César. Los Tiberios le están reservados. César y Tácito son dos fenómenos sucesivos, cuyo encuentro parece misteriosamente evitado por aquel que, al poner en escena el gran drama de los siglos, arregla las entradas y las salidas. César es grande, Tácito es grande; pero Dios conserva estas dos grandezas, haciendo que no choquen una contra otra. Al herir á César, el justiciero podía herir demasiado, y ser injusto. Dios no quiere. Las grandes guerras de África y de España, los piratas de Cilicia destruidos, la civilización introducida en las Galias, en Bretaña, en Germania, toda esta gloria cubre el Rubicón. Hay en esto una especie de delicadeza de la justicia divina, vacilando en lanzar sobre el usurpador el ilustre historiador formidable, haciendo á César gracia de Tácito, otorgando al genio el beneficio de las circunstancias atenuantes.

Á la verdad, el despotismo siempre es el despotismo, aún bajo el déspota de genio. Hay corrupción bajo los tiranos ilustres, pero la peste moral es más horrible aún bajo los tiranos infames. En tales reinados, nada se halla velado por la vergüenza; y los escritores ejemplares, Tácito como Juvenal, abofetean con más utilidad, en presencia del género humano, esa ignominia sin réplica.

Roma exhala peor olor en tiempo de Vitelio que en tiempo de Sylva. Bajo Claudio y bajo Domiciano, hay una deformidad de bajeza correspondiente á la feudal del tirano. La villanía de los esclavos es un producto directo del déspota; un miasma se exhala de aquellas conciencias corrompidas en las cuales se refleja el amo; los poderes públicos son inmundos; los corazones son pequeños,

las conciencias son livianas, las almas son como de asquerosos insectos; y esto sucede así bajo Caracalla, y esto es así bajo Cómodo, y esto es así bajo Heliogábalo, mientras que, bajo César, no sale del senado romano sino el olor de fiemo propio de los nidos de águila.

De aquí la venida, tardía en apariencia, de los Tácitos y de los Juvenales; en la hora de la evidencia, es cuando aparece el demostrador.

Pero Juvenal y Tácito, lo mismo que Isaías en los tiempos bíblicos, como el Dante en la edad média, son el hombre; la revuelta y la insurrección, es la muchedumbre, que ora tiene razón, ora no la tiene.

En los casos más generales, el motin proviene de un hecho material; la insurrección es siempre un fenómeno moral. El motin es Masanielo; la insurrección es Espartaco. La insurrección confina con el espíritu, el motin con el estómago; Gaster se irrita; pero, ciertamente, Gaster no siempre es injusto. En las cuestiones de hambre, la revuelta, Buzancais por ejemplo, tiene un punto de partida verdadero, patético y justo. Y sin embargo, no por eso esa revuelta deja de ser motin. ¿Por qué? Porque teniendo razón en el fondo, carece de ella en la forma. Feroz, aunque asistida del derecho, violenta, aunque fuerte, ha herido ella á la ventura; ha marchado como el elefante ciego, aplastando cuanto encuentra bajo sus piés; ha dejado tras sí cadáveres de ancianos, de mujeres y de niños; ha derramado, sin saber por qué, la sangre de los inofensivos y de los inocentes. Alimentar al pueblo es un buen fin: asesinarle es un mal medio.

Todas las protestas armadas, áun las más legítimas, áun el 10 de Agosto, áun el 14 de Julio, principian por la misma perturbación. Antes que se desprenda el derecho, hay tumulto y espumosas iras. Al principio, toda insurrección es motin, á la manera que todo río es torrente.

De ordinario viene á parar á este océano: Revolución. Á veces sin embargo, emanada de esas altas montañas que dominan el horizonte moral, la justicia, la sabiduría, la razón, el derecho, formada de la más pura nieve del ideal, despues de una larga caída de roca en roca, despues de haber reflejado el cielo en su transparencia y haberse engrosado con cien afluentes en la majestuosa marcha del trunfo, la insurrección se pierde de repente en algun baranco bourgeois, como el Rhin en un pantano.

Todo esto pertenece al pasado, el porvenir es diferente. El sufragio universal posee la admirable calidad de disolver el motin en su principio, y de desarmar á la insurrección, dándola el derecho de votar. El desvanecimiento de las guerras, de la guerra de las calles como de la guerra de las fronteras, tal es el inevitable progreso. Sea lo que fuere de Hoy, la paz, es Mañana.

Por lo demas, insurrección, motin, en qué difiera la primera del segundo, el bourgeois propiamente dicho conoce muy poco estas diversidades. Para él, todo es sedición, rebelion pura y simple, rebellion del dogo contra su amo, ensayo de mordedura que debe de castigarse con la cadena y el nicho, ladrido, aullido, hasta el dia en que la cabeza del perro, engrosada de improviso, se bosqueja vagamente en la sombra, en frente del leon.

Entónces el bourgeois grita: ¡ Viva el pueblo!

Una vez dada esta explicación, ¿qué viene á ser en la historia el movimiento de Junio de 1832? ¿es un motin? ¿ó es una insurrección?

Es una insurrección.

Podrá sucedernos, en esta escena ó representación de un acontecimiento formidable, el decir á veces el motin ó la asonada, pero sólo para calificar los hechos de la superficie, y conservando siempre la distinción entre la forma motin y el fondo insurrección.

El movimiento de 1832 tuvo, en su rápida explosión y en su extinción lúgubre, tanta grandeza, que aún aquellos que se obstinan en no ver en él sino un motín hablan de él con el mayor respeto. Para ellos, es como un corolario, un resto de 1830. Las imaginaciones conmovidas, dicen ellos, no se calman en un día. Una revolución no se corta nunca á pico ó perpendicularmente. Tiene siempre necesariamente algunas ondulaciones ántes de volver al estado de paz, como una montaña al descender hácia la llanura. No hay Alpes sin Jura, ni Pirineos sin Astúrias.

Aquella crisis patética de la historia contemporánea, que en la memoria de los parisienses es conocida bajo el nombre de *la época de las asonadas*, es seguramente una hora característica entre las horas tempestuosas de este siglo. Una postrera palabra ántes de entrar en la narración.

Los hechos que vamos á referir pertenecen á esa realidad dramática y viva que la historia desdeña á veces, por falta de tiempo y de espacio. Aquí sin embargo, insistiremos en decirlo, está la vida, la palpación, el estremecimiento humano. Los pequeños detalles, creemos haberlo dicho ya, son como una especie de follaje de los grandes acontecimientos y se pierden en el lejano horizonte de la historia. La época llamada de *las asonadas* abunda en detalles de este género. Las instrucciones judiciales, por otras razones que la historia, no lo han revelado todo, ni tal vez profundizado todo tampoco. Vamos pues á sacar á luz nosotros, entre varias particularidades conocidas y publicadas, ciertas cosas que no se han sabido, hechos sobre los cuales ha pasado el olvido de los unos, la muerte de los otros. La mayor parte de los actores de estas escenas gigantescas han desaparecido; desde el día siguiente callaban ya; pero de lo que nosotros referiremos, podremos decir: lo hemos visto. Cambiare

mos algunos nombres, pues la historia refiere y no denuncia, pero diremos cosas verdaderas. En las condiciones del libro que escribimos, no mostraremos sino un solo lado y un solo episodio, y de seguro, el ménos conocido, de las jornadas del 5 y del 6 de Junio de 1832; pero lo haremos de modo que el lector entrevea, bajo el velo sombrío que vamos á levantar, la figura real de aquella pavorosa aventura pública.

III

UN ENTIERRO: OCASION DE RENACER

En la primavera de 1832, bien que *hacía* ya tres meses que el cólera tenía helados los espíritus, arrojando sobre su agitacion no sé qué especie de lúgubre sosiego, París se hallaba dispuesto, desde mucho tiempo ántes, para una conmocion. Como hemos dicho en otras ocasiones, la gran ciudad se asemeja á una pieza de artillería; cuando está cargada, basta que caiga una chispa para que salga el tiro. En 1832, la chispa fué la muerte del general Lamarque.

Lamarque era un hombre de fama y de accion. Habia mostrado sucesivamente, bajo el imperio y bajo la restauracion, las dos bravuras necesarias á las dos épocas, la bravura de los campos de batalla y la bravura de la tribuna. Era elocuente como habia sido valiente; su palabra parecia una espada. Como Foy, su antecesor, des-

pues de haber tenido á grande altura el mando, tenía á grande altura la libertad. Sentábase entre la izquierda, y la extrema izquierda, amado del pueblo porque aceptaba las eventualidades del porvenir, amado de la muchedumbre porque habia servido bien al Emperador. Él era, con los condes Gérard y Drouet, uno de los mariscales *in petto* de Napoleon. Los tratados de 1815 le sublevaban el alma como una ofensa personal. Aborrecia á Wellington con un odio directo que agradaba á la muchedumbre; y en los últimos diez y siete años, atento apenas á los sucesos intermediarios, habia él guardado majestuosamente la tristeza de Waterloo. En su agonía, en su hora postrera, habia estrechado contra su pecho una espada que le habian adjudicado los oficiales de los Cien-Días. Napoleon habia muerto pronunciando la palabra *ejército*, y Lamarque pronunciando la palabra *patria*.

Su muerte, prevista, era doblemente temida: por el pueblo como una pérdida, y por el gobierno como una ocasion. Aquella muerte fué un duelo universal. Como todo lo que es amargo, el duelo puede transformarse en sublevacion. Y así sucedió en efecto.

En la vispera y en la mañana del 5 de Junio, dia fijado para el entierro de Lamarque, el arrabal de San Antonio, que debia atravesar el cortejo, ofreció un aspecto formidable. Aquella tumultuosa red de calles se llenó de rumores. Cada cual se armaba allí como podia. Veíanse entre los grupos muchos ebanistas empuñando sus barriletes « para echar abajo las puertas. » Uno de ellos se habia improvisado un puñal de un gancho de zapatero, rompiendo el gancho, y aguzando la espiga. Otro, en la fiebre « de atacar, » se acostaba hacia tres dias enteramente vestido. Un carpintero llamado Lombier encontró á un camarada que le preguntaba: ¿ Adónde vas? — ¡Y bien! yo no tengo armas. — ¿ Pues y entónces? — Voy á mi taller en busca de mi

compas. — ¿Para qué? — No lo sé, respondió Lombier. Un tal Jacqueline, hombre muy emprendedor y activo, abor- daba á cuántos obreros pasaban: ¡Oyes, tú, ven! — Pa- gaba diez sueldos de vino y decía: — ¿Tienes trabajo? — No. — Anda ve á casa de Filspierre, entre la barrera Mon- treuil y la barrera Charonne, y allí hallarás ocupacion. — Iban, en efecto, á casa de Filspierre, y lo que encontraban eran armas y cartuchos. Ciertos jefes conocidos *hacian la posta*, es decir, que corrían de casa en casa para reunir su gente. En casa de Barthélemy, junto á la barrera del Trono, en casa de Capel, en el Petit-Chapeau, los bebedores se abor- daban con semblante grave; y se oía que se decían entre sí: — ¿Dónde llevas tú tu pistola? — *Debajo de la blusa. ¿Y tú? Debajo de la camisa.* En la calle Traversière, delante del taller Roland, y en el patio de la Maison-Brúlee, frente al taller del fabricante de herramientas Bernier, había unos grupos cuchicheando. Hacíase notar allí, como el más ar- diente, un tal Mavot, que no solía estar nunca más de una semana en un taller, despidiéndole en seguida los amos « porque cada día había que sostener disputas con él. » Al día siguiente mataron á Mavot en la barricada de la calle de Ménilmontant. Pretct, que también debía morir en la lu- cha, secundaba á Mavot, y cuando le preguntaban: ¿Cuál es tu objeto? respondía. — *La insurreccion.* Varios obreros reunidos en la esquina de la calle de Bercy espe- raban á un llamado Lemarin, agente revolucionario del arrabal de Saint-Marceau. Cambiábanse casi pública- mente las consignas.

El 5 de Junio, pues, un día mixto, de lluvia y de sol, atravesó á París el cortejo fúnebre del general Lamarque con la pompa militar de oficio, un tanto exagerada por las precauciones. Dos batallones con tambores enlutados y fu- siles á la funerals, diez mil guardias nacionales, con el sa- ble al costado, y las baterías de artillería de la guardia na-

cional escoltaban el féretro. El carro fúnebre iba tirado por unos cuantos jóvenes. Seguíanle inmediatamente los oficia- les de los Inválidos, llevando en las manos ramas de laurel. En seguida venía una muchedumbre innumerable, agitada, extraña, los seccionarios de los Amigos del Pueblo, la Es- cuela de leyes, la Escuela de medicina, los refugiados de todas las naciones, con banderas españolas, italianas, ale- manas, polacas, banderas tricolores horizontales, todos los estandartes posibles, unos niños agitando ramas verdes, picapedreros y carpinteros que hacían huelga á la sazón, impresores fáciles de reconocer por sus improvisadas gor- ras de papel, marchando de dos en dos, ó de tres en tres, gritando, agitando garrotes casi todos ellos, y áun sa- bles algunos, sin órden, y no obstante, con una sola alma, ora revolviéndose en corro, ora marchando en co- lumna. Cada peloton se escogía su jefe; un hombre, armado de un par de pistolas, perfectamente visible, pa- recía como que pasaba revista á otros muchos cuyas filas se apartaban delante de él abriéndole paso. En las ave- nidas laterales de los boulevards, en las ramas de los ár- boles, en los balcones, en las ventanas, sobre los tejados, las cabezas hormigueaban, hombres, mujeres, niños; todos los ojos estaban llenos de ansiedad. Una muche- dumbre armada pasaba, y una muchedumbre azorada la estaba mirando.

El gobierno por su parte también observaba; pero obser- vaba espada en mano. Podían verse, prontos á marchar, con las cartucheras bien provistas, cargadas las carabinas y pis- tolas, en la plaza de Luis XV, cuatro escuadrones de carabi- neros, montados y con los clarines á la cabeza, y en el bar- rio latino y en el Jardín de las Plantas, la guardia muni- cipal escalonada de calle en calle, en la Lonja de los Vi- nos un escuadrón de dragones, en la Grève una mitad del 12.º de ligeros, y la otra mitad en la Bastilla, el 6.º de

dragones en los Celestinos, y el patio del Louvre lleno de artillería. Las demas tropas estaban todas consignadas en los cuarteles, sin contar los regimientos de las cercanías de París. El poder inquieto, tenía suspendidos sobre la muchedumbre amenazadora veinticuatro mil soldados en la ciudad y treinta mil en las afueras.

Diferentes rumores circulaban en el cortejo. Hablábbase de maniobras legitimistas; hablábbase del duque de Reichstadt, á quien Dios señalaba para la muerte en aquel instante mismo en que la muchedumbre le designaba para el imperio. Un personaje que quedó siempre desconocido anunciaba que, á cierta hora indicada, dos contra maestros ganados abrirían al pueblo las puertas de una fábrica de armas. En las frentes descubiertas de la mayor parte de los concurrentes dominaba un entusiasmo mezclado de abatimiento. Véase también, acá y acullá, en aquella muchedumbre presa de tantas emociones violentas, pero nobles, verdaderos semblantes de malhechores y bocas innobles que decían: ¡Vamos á saquear! Hay ciertas agitaciones que remueven el fondo de los pantanos y que hacen subir en el agua nubes de cieno. Fenómeno al cual no suelen ser extrañas las policías «bien hechas».

El cortejo fúnebre iba marchando con una lentitud febril, desde la casa mortuoria por los boulevards hasta la Bastilla. Llovía de vez en cuando, sin que la lluvia influyera nada en aquella muchedumbre. Varios incidentes, el féretro paseado en derredor de la columna Vendôme, piedras lanzadas contra el duque de Fitz-James á quien distinguieron en un balcon con el sombrero puesto, el gallo de los Galos arrancado de una bandera popular y arrastrado por el lodo, un agente de policía herido de una estocada en la puerta de San Martín, un oficial del 12.º de ligeros diciendo en alta voz: Yo soy republicano, la Escuela politécnica apareciendo allí de improviso despues de haber forzado la consigna, y

los gritos de: ¡Viva la Escuela politécnica! Viva la República! marcaron la marcha del entierro. En la Bastilla, las extensas é imponentes filas de curiosos que descendían del arrabal de San Antonio hicieron su reunion con el cortejo, empezando á levantarse desde entónces entre la muchedumbre cierta fermentacion terrible.

Oyóse á un hombre decir á otro: — Repara bien á aquel que está allí que tiene una perilla roja, pues es el que ha de decir cuándo habremos de disparar. Parece que aquella misma perilla roja volvió á ejercer, más adelante, las mismas funciones en otra asonada; en los sucesos de Quénisset.

El carro fúnebre atravesó la Bastilla, siguió el canal, pasó el puente chico y llegó por fin á la explanada del puente de Austerlitz, donde se detuvo. En este instante, aquella muchedumbre mirada á vista de pájaro habria ofrecido el aspecto de un cometa cuya cabeza se hallara en la explanada y la cola extendida por el muelle Bourdon, cubriendo la Bastilla y prolongándose por el boulevard hasta la puerta de San Martín. Un círculo se trazó en derredor del carro fúnebre. La muchedumbre guardó silencio. Lafayette habló, despidiéndose de Lamarque. Fué este un momento tierno y augusto, todas las cabezas se descubrieron, todos los corazones latían. De repente apareció en medio de aquel inmenso grupo un hombre á caballo, vestido de negro, tremolando una bandera roja, si bien otros dicen que lo que llevaba era una pica en cuya punta ostentaba un gorro frigio. Lafayette volvió la cabeza. Exelmans abandonó el cortejo.

Aquella bandera roja sublevó una tempestad y desapareció. Desde el boulevard Bourdon hasta el puente de Austerlitz estalló entre la muchedumbre uno de esos clamores que se transmiten como las olas, haciéndose oír gritos prodigiosos de: — ¡Lamarque al Pantheon! — ¡Lafayette al